

## CAPÍTULO VII

### LA IGLESIA SAMARITANA EN SALIDA: ANUNCIO Y DIÁLOGO

Roberto Tomichá ofm conv. y Lucas Cerviño

**Publicado en:** Equipo Antropología Trinitaria, *Hacia una cultura del encuentro. Para una pastoral ene clave trinitaria*, Bogotá, CELAM, 2019.

Abordar los rasgos de una “Iglesia samaritana”, supone considerar, profundizar y partir de la figura o imagen del samaritano y de la samaritana en las fuentes bíblicas, en particular en los evangelios. En concreto, el evangelio de Lucas ofrece la conocida parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37), quien «tuvo compasión» y «practicó la misericordia» con aquél ser humano que cayó en manos de los salteadores. El mismo Lucas refiere la curación de los diez leprosos (Lc 17,11-19), de los cuales sólo un samaritano «postrando su rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias» por haber sido sanado. Por su parte, el evangelio de Juan narra el famoso encuentro de Jesús con la mujer samaritana (Jn 4,1-42), cargado de mucho contenido simbólico, que en un “proceso dialógico” le permitirá a la mujer, a partir de su propia situación acoger de manera progresiva la esperada revelación mesiánica y “concentrada” en el mismo Jesús.

No es interés de estas notas profundizar los referidos textos –por lo demás ya muy estudiados por eminentes comentaristas a lo largo de la historia cristiana-, más bien señalar como premisa que los rasgos, la imagen visible o la credibilidad de una Iglesia samaritana –o de las iglesias, en plural– deben estar estrechamente vinculados a tales textos, como el agua con su fuente, como los sarmientos que no dan frutos por sí mismos si no permanecen en la vid verdadera, que es Jesús (cf. Jn 15,1-42).

El documento de Aparecida se refiere a una “Iglesia samaritana” citando la parábola del buen samaritano de Lc 10,25-37 y una frase del Papa Benedicto XVI en su discurso inaugural: «la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana» (DA 27), según la tradición de la Iglesia en el continente. En otras palabras, seguir a Jesús en comunidad (Iglesia), es «ponerse al servicio de la vida» (DA 353), lo cual

exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10, 29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, en particular con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y

pecadores (cf. Lc 5, 29-32) que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10, 13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1, 40-45) que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7, 36-49; Jn 8, 1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4, 1-26). (DA 135)

En palabras del Papa Francisco, «la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia.» (EG 15), es decir, en su expresión y comunicación a las/os demás (“obra”) se juega y manifiesta su propia razón de ser o credibilidad. Al igual que la mujer samaritana del evangelio de Juan, quien después de haber sido impactada con profundidad por Jesús salió para compartir su experiencia existencial, también la comunidad creyente (cada cristiana/o en concreto) debe dejar de ser autorreferencial para salir a los caminos, deber saber “primerear”, salir a las periferias socioculturales, existenciales, humanas (cf. EG 30, 46): «ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos» (EG 24). Se trata pues de optar por los últimos, de incluir fraternalmente a quienes «la sociedad descarta y desecha» (EG 195): «Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”» (EG 53). Para ello se requiere coraje, audacia, *parresía*, Espíritu (cf. EG 259).

### **1. La Iglesia samaritana en salida: algunos desafíos a los cuales aproximarse**

Desde las nuevas emergencias y subjetividades visibilizadas presentes en el continente del Abya Yala y del Caribe, es posible señalar algunos desafíos específicos que –de ser tenidos en cuenta– pueden enriquecer el caminar de una Iglesia samaritana en salida. Los obispos latinoamericanos y caribeños expresaban en 2007:

Permanece aún en los imaginarios colectivos una mentalidad y mirada colonial con respecto a los pueblos originarios y afroamericanos. De modo que, descolonizar las mentes, el conocimiento, recuperar la memoria histórica, fortalecer espacios y relaciones interculturales, son condiciones para la afirmación de la plena ciudadanía de estos pueblos. <sup>1</sup>

Por su parte, el Papa Francisco recuerda que la estrecha relación entre misión y arraigo a un contexto, situación, terruño, no necesariamente geográfico, pero siempre en sintonía con la «historia viva que nos acoge y nos lanza hacia adelante» (EG 13). Desde muchos pueblos del Abya Yala (afrodescendientes, indígenas-origenarios, mestizos con

---

<sup>1</sup> V Conferencia General del Episcopado de América Latina y del Caribe. Documento de Aparecida (DA), cuarta redacción aprobada el 31.05.2007, n. 96; subrayado nuestro. En la versión oficial la expresión “mirada colonial con respecto a [...]” es cambiada por “una cierta mirada de menor respeto acerca de [...]” (DA 96).

herencias afro-indígenas, entre otros), tal “historia viva” es generalmente humano-cósmica, centrada en la vida que no se limita a los seres humanos, pues todo cuanto existe tiene vida y está vivo. De allí la expresión en lenguas originarias como *suma qamaña* (aymara), *sumajkawsay* (quechua o kichua), *ñandereko* (guaraní), o simplemente “buen vivir” o, mejor todavía, “buen convivir”, en español. En todo caso es una historia de convivencia entre los pueblos, a partir de sus propias tradiciones ancestrales y saberes integradores, que les ha permitido todavía ser “pueblos” superando las diversas colonizaciones y colonialidades, como se dirá más adelante.

En todo caso, por ejemplo, como expresa el Documento Preparatorio para el sínodo amazónico,

Para los pueblos indígenas de la Amazonía, el “buen vivir” existe cuando están en comunión con las otras personas, con el mundo, con los seres de su entorno, y con el Creador. Los pueblos indígenas, en efecto, viven dentro de la casa que Dios mismo creó y les dio como regalo: la Tierra. Sus diversas espiritualidades y creencias, los motivan a vivir una comunión con la tierra, el agua, los árboles, los animales, con el día y la noche. (DPSA, I.6)

Volviendo al texto del Papa Francisco, tal “historia” es “viva” o permanece viva, cuando se recrea, actualiza y proyecta a través de la “memoria integral” que implica todas las dimensiones de vida comunitaria (Iglesia) en sus expresiones kerigmático-doctrinales, litúrgico-celebrativas, ético-testimoniales y organizacionales-ministeriales. En tal sentido, toda comunidad cristiana – y todo creyente, por supuesto – ha de ser siempre “memoriosa” (EG 13) y lucha por una sociedad entera también justa, memoriosa e inclusiva (EG 239). Como el mismo Francisco señalaba en el Paraguay:

Un pueblo que olvida su pasado, su historia, sus raíces, no tiene futuro. La memoria, asentada firmemente sobre la justicia, alejada de sentimientos de venganza y de odio, transforma el pasado en fuente de inspiración para construir un futuro de convivencia y armonía.<sup>2</sup>

Por tanto, existe mutua implicación entre memoria eclesial y memoria social, pues ambas promueven y luchan por un entorno justo, fraterno y armonioso. En este caminar, la Iglesia recrea su tradición de vida ancestral, hace memoria recreando en el presente sus raíces bíblicas y su rica sabiduría comunitaria especialmente – no sólo– de los primeros siglos de cristianismo. Teniendo esto presente, se entiende mejor tal vez el texto de Francisco: «La memoria es una dimensión de nuestra fe que podríamos llamar

---

<sup>2</sup> Papa Francisco, Discurso en el encuentro con las autoridades y el cuerpo diplomático en el Jardín del Palacio de López. Asunción, 10 de julio de 2015, en: <http://w2.vatican.va> [...], 20.03.2016.

«deuteronomica», en analogía con la memoria de Israel. Jesús nos deja la Eucaristía como memoria cotidiana de la Iglesia, que nos introduce cada vez más en la Pascua (cf. Lc 22,19)» (EG 13).

Por tanto, la “memoria cotidiana”, que es celebrativa-eucarística, permite a la memoria eclesial seguir sintonizando con la memoria social, comunitaria, antropológico-cultural, para que «nuestros pueblos tengan vida» en Cristo Resucitado (cf. Jn 10,10; DA), Segunda Persona de la Trinidad, Señor del Cosmos, Ancestro de los ancestros que viven y acompañan el caminar de los pueblos. De allí que un criterio de vida de una auténtica memoria cotidiana sea precisamente aquella *sintonía concreta* con el caminar de los pueblos más excluidos y descartados y con la situación de «hermana nuestra madre tierra» (LS 1).

En el mismo texto citado del Papa Francisco aparece otro rasgo de la memoria muy importante en el estilo de vida de una Iglesia que pretende ser “samaritana” y es la relación entre evangelización-anuncio de la buena noticia y alegría-gratitud.

La alegría evangelizadora siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida: es una gracia que necesitamos pedir. Los Apóstoles jamás olvidaron el momento en que Jesús les tocó el corazón: «Era alrededor de las cuatro de la tarde» (Jn 1,39) (EG 13)

Por tanto, la Iglesia (las/os seguidoras/os del proyecto de vida del Jesús histórico-terreno convertido en Cristo, Hijo de Dios) aún – o con precisión – en situaciones de contrastes, persecuciones o escándalos internos, es capaz de dar gracias por la vida o por aquellas “sanaciones” diarias experimentadas en el propio seno eclesial, “sanaciones” que pueden ser heridas en proceso de cicatrización. Aquí vuelve la imagen del samaritano del evangelio de Lucas que vuelve a Jesús para darle gracias.

En síntesis, una Iglesia samaritana precisa incorporar en su seno todos los saberes ancestrales que pueden enriquecer y recrear su memoria plural para que pueda ser cada vez inclusiva de forma existencial. La ancestralidad vivida por los pueblos originarios, afrodescendientes, mestizos, entre otros, son portadores de mucha sabiduría latente. En este sentido, el Papa Francisco expresaba al clero, religiosas y religiosos en 2015: «No caigan en el Alzheimer espiritual, no pierdan la memoria [...] No te olvides de la fe que

tenía tu abuela y tu madre. Es decir: no te olvides de donde te sacaron, no te olvides de tus raíces, no te sientas promovido»<sup>3</sup>.

## **2. Iglesia decolonial, plural: nuevos cristianismos desde nuevas lógicas vividas**

El texto citado de Aparecida se refería a la «mentalidad y mirada colonial con respecto a los pueblos originarios y afroamericanos» y al mismo tiempo ofrecía un posible camino: «descolonizar las mentes, el conocimiento, recuperar la *memoria* histórica» (DA 96, cuarta redacción). Como se sabe, la cristianización del Abya Yala y el Caribe se realizó en un contexto de *colonización* político-socioeconómica, que produjo además *colonialidad*, es decir, penetración y supresión simbólico-espiritual de las raíces ancestrales de los demás pueblos. De este modo surgió y se difundió un cristianismo colonial o, mejor decir, una cristiandad colonial, que de hecho borró en casi todos los pueblos *la propia memoria ancestral*: riquezas, tradiciones, sabidurías, valores, espiritualidades... con todas sus implicaciones para las futuras generaciones. En síntesis, esta cristiandad colonial vinculada a los poderes socioeconómicos fácticos promovía un cristianismo monoculturalhegemónico y de cuño greco-romano, doctrinal, individual, normativo, estratificado, elitista o - en el mejor de los casos - paternalista, salvo por supuesto excepciones muy localizadas en el espacio y el tiempo, como pudieron ser las experiencias de “reducciones” entre indígenas en algunas regiones de la actual Sudamérica.

Ante esta situación social, cultural y religiosa, surgió en las últimas décadas del siglo XX desde diferentes movimientos la denominada “emergencia indígena” con el propósito de recuperar el protagonismo de los pueblos originarios en la defensa de la vida y de sus territorios. Así, se fueron haciendo visibles y adquiriendo cierta ciudadanía sociopolítica y cultural la vida y los saberes de los pueblos afros e indígenas como pueblos con sus propias mentalidades, expresiones celebrativas, estilos de vida y organización institucional. Muchos de estos pueblos habían recibido la herencia cristiana colonial, pero aun así y desde la resistencia cotidiana, lograron conservar sus propios símbolos y narraciones, donde en muchos casos tales símbolos e imágenes permitieron la confluencia e integración de ambos muchos, por una parte lo afro-indígena y por otra lo cristiano colonial. Tales expresiones particulares se transmitieron por generaciones hasta llegar a

---

<sup>3</sup> Papa Francisco, Encuentro con el clero, religiosos, religiosas y seminaristas. Santuario nacional mariano de El Quinche, Quito, 8.07.2015, en: <http://w2.vatican.va> [...], 20.03.2016.

adquirir, con el pasar del tiempo, las características de una verdadera religión, en el sentido considerado por la moderna antropología.

A nivel eclesial, en forma particular desde la tradición católica<sup>4</sup>, los pueblos originarios comenzaron a tener una visibilidad y protagonismo en un principio pastoral y poco después también, teológico. Así nacieron las denominadas “teologías indias”, indígenas o amerindias, elaboradas a partir de las vivencias ancestrales de los pueblos originarios que buscaban también explicar su sentido de vida cristiana *desde* y *con* sus propias categorías conceptuales tanto en lenguas originarias como en la lengua común española o portuguesa. Por cierto, estas teologías - eminentemente comunitarias, simbólicas y narrativas - surgían de experiencias cristianas vividas por los propios indígenas quienes, juntamente con sus acompañantes en el caminar de la vida, lograron aproximarse a lo que el Concilio Vaticano II denomina «iglesias autóctonas» (AG 6). En el Abya Yala son referentes las experiencias de iglesias autóctonas que se forjaron en las diócesis de San Cristóbal de Casas (México) y en Riobamba (Ecuador) gracias al impulso de los obispos Samuel Ruiz y Leonidas Proaño, de manera respectiva, quienes en su momento histórico supieron afrontar el desafío de gestar no sólo nuevas experiencias eclesiales que, en el mejor de los casos, sería más de lo mismo (renovación eclesial), sino que en gran medida promovieron un cristianismo desde los saberes y mentalidades indígenas (nueva creación, re-creación eclesial) articulando las lógicas de los pueblos originarios con la visión jesuánica-evangélica y siempre a favor de la vida de los todos pueblos.

Esta intuición puesta en práctica en tales diócesis recuperada, recreada y re-proyectada como uno de los rasgos de una *Iglesia samaritana plural*, ha de reflejar no sólo la participación activa de los pueblos originarios y afrodescendientes sino a cada una/o, a todas/os las/os bautizadas/os con sus propias vivencias, sentires, identidades y epistemologías, pero que han de caracterizar las comunidades cristianas en sus propias particularidades y expresiones, también en lo simbólico-celebrativo. Como se dijo antes, se requiere coraje para dejarse guiar por el Espíritu Santo que “construye la comunión y la armonía del Pueblo de Dios”, pues

No haría justicia a la lógica de la encarnación pensar en un cristianismo monocultural y monocorde. Si bien es verdad que algunas culturas han estado estrechamente ligadas a la predicación del Evangelio y al desarrollo de un

---

<sup>4</sup> Después del Concilio Vaticano II y de los encuentros sobre misiones y pastoral indígena organizados por el Departamento de Misiones del CELAM en Ambato, Ecuador (24-28 abril 1967) y Melgar, Colombia (20-27 abril 1968).

pensamiento cristiano, el mensaje revelado no se identifica con ninguna de ellas y tiene un contenido transcultural (EG 117).

Por todo lo expuesto, es preciso promover o rescatar prácticas creyentes marginales y reflexiones también marginales, pero que son capaces de releer, reelaborar, revisar y promover un cristianismo creativo *desde* las raíces, sabidurías y espiritualidades tanto ancestrales como emergentes, que asumen la Escritura como sabiduría de vida a partir de hermenéuticas y epistemologías “integrales”, complejas, transdisciplinarias y decoloniales (o descoloniales, e incluso poscoloniales).

Más en detalle, las teologías poscoloniales persiguen un objetivo triple: por un lado, quieren desenmascarar la complicidad de la teología con las relaciones coloniales en la historia y el presente. Por otro, buscan herramientas teológicas que ayudan a defenderse de la hegemonía epistemológica de la cultura dominante. Finalmente, desean poner su producción teológica al servicio de los subalternos y elaborarla en diálogo con ellos mismos.

En tal sentido, una Iglesia samaritana plural ha de incorporar de manera necesaria a las teologías decoloniales, como es el caso de las teologías amerindias y afrodescendientes, entre otras. En este contexto se podría leer algunas frases del Papa Francisco: «no caigamos en la trampa de desgastarnos en lamentos autodefensivos, en lugar de despertar una creatividad misionera» (AL 57). O cuando invita a saber gestionar lo uno y lo múltiple, la unidad y la diversidad, el centro y las periferias, el todo y la parte..., y de manera especial a «ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos» (EG 235), sin evasiones ni desarraigos, es decir, con memoria crítica.

### **3. Iglesia humano-cósmica: el biocentrismo en el cuidado de la casa común**

«Alabado seas, mi Señor», cantaba san Francisco de Asís. En ese hermoso cántico nos recordaba que nuestra casa común es también como una hermana, con quien compartimos la existencia y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos: «Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra, la cual nos sustenta, y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba» (LS 1; cf. 92).<sup>5</sup> El Papa señala cómo «entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que «gime y sufre dolores de parto» (Rm 8,22). «Olvidamos que nosotros mismos somos tierra» (cf. Gn 2,7). «Nuestro propio cuerpo está constituido por

---

<sup>5</sup> Francisco de Asís, *Cántico de las creaturas*, 9.

los elementos del planeta [...]» (LS 2). En continuidad con anteriores pontífices, que habían hablado de “*conversión ecológica global*”, “*auténtica ecología humana*” o que el ser humano «no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza» (LS 4-6), el Papa Francisco propone «una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad» (LS 10), de «mirada amplia» (LS 159), que incorpora «las dimensiones humanas y sociales» (LS 137), culturales (LS 143), y se abre «hacia categorías que trascienden el lenguaje de las matemáticas o de la biología y nos conectan con la esencia de lo humano» (LS 11) para poder «contemplar al Creador, que vive entre nosotros y en lo que nos rodea» (LS 225).

Este es el tercer rasgo de una Iglesia samaritana, que se une a la recuperación de la ancestralidad y al horizonte de-poscolonial, esbozado de manera sintética antes. Sobre esta preocupación planetaria, el documento preparatorio para la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos sobre la Amazonía (DPSA) que reflexionará el tema: *Nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral*, a llevarse a cabo en octubre de 2019, expresa con claridad: «Los nuevos caminos para la evangelización y el plasmar una Iglesia con rostro amazónico pasan por las veredas de esa “cultura del encuentro” en la vida cotidiana, «en una armonía pluriforme» (EG 220) y «feliz sobriedad» (LS 224-225), como contribuciones para la construcción del Reino. » (DPSA, Preámbulo).

El documento reconoce a la región amazónica como «multi-étnica, pluri-cultural y pluri-religiosa, un espejo de la humanidad», «donde predomina una “cultura del descarte” (LS 16) y una mentalidad extractivista» (DPSA, Preámbulo), donde la armonía «está quebrada debido a los efectos nocivos del neo-extractivismo y por la presión de los grandes intereses económicos que explotan el petróleo, el gas, la madera, el oro, y por la construcción de obras de infraestructura (por ejemplo: megaproyectos hidroeléctricos, ejes viales, como carreteras interoceánicas) y por los monocultivos industriales» (DPSA, I.5).

Esta realidad «exige cambios estructurales y personales de todos los seres humanos, de los estados, y de la Iglesia» (DPSA, Preámbulo). En este contexto no sólo amazónico una Iglesia samaritana es creíble si se compromete con la vida humano-cósmica en todos sus niveles e instancias. El mismo documento reconoce cómo aún hoy, lamentablemente, existen todavía resquicios del proyecto colonizador que creó representaciones de inferiorización y demonización de las culturas indígenas. Tales resquicios debilitan las estructuras sociales indígenas y permiten el despojo de sus saberes intelectuales y de sus medios de expresión. Es más, los habitantes de esta región nunca

antes habían estado tan amenazados como en el presente, debido a la ofensa escandalosa de los “nuevos colonialismos”, “un neocolonialismo feroz, “enmascarado de progreso”, donde “la Amazonía es una tierra disputada desde varios frentes” (DPSA, I.4).

Por tanto, una Iglesia samaritana ha de ser siempre contextual y en permanente conversión ecológica, que implica “un estilo de vida nuevo”, centrado en el otro, donde el otro –o lo otro– es también el entorno cósmico, que tiene vida y al cual pertenecemos, pues somos tierra. Desde la experiencia de los pueblos originarios, especialmente amazónicos, ha de «asumir la mística de la interconexión y la interdependencia de todo lo creado», una mística de «la gratuidad [que] se impone en nuestras actitudes cuando entendemos la vida como don de Dios», una mística que abraza «la vida en solidaridad comunitaria» desde «un cambio de corazón». (DPSA, III.13). En concreto,

urge evaluar y repensar los ministerios que hoy son necesarios [...] precisar los contenidos, métodos y actitudes para una pastoral inculturada, capaz de responder a los grandes desafíos en el territorio. [...] proponer nuevos ministerios y servicios para los diferentes agentes de pastoral [...] identificar el tipo de ministerio oficial que puede ser conferido a la mujer, [...] los nuevos caminos tendrán una incidencia en los ministerios, la liturgia y la teología (teología india). [...] donde todos puedan] cultivar la espiritualidad de contemplación y de gratuidad, sentir con el corazón y ver con los ojos de Dios (DPSA, III. 14 15), en la alegría y gusto del convivir.

En definitiva, la conversión ecológica se vive desde

Una espiritualidad con el estilo de Jesús: simple, humano, dialogante, samaritano, que permita celebrar la vida, la liturgia, la Eucaristía, las fiestas, siempre respetando los ritmos propios de cada pueblo. (DPSA, III.15).

#### **4. Anuncio y diálogo: van de la mano para evangelizar contextos de cambio y pluralismo**

Las alternativas de vida surgidas desde los pueblos originarios e indígenas, como también de los afroamericanos; los procesos de descolonización del ser, del pensar, del vivir y porque no del orar; la urgencia de una conversión ecológica para un auténtico cuidado de la casa común; son signos evidentes que estamos inmersos en un profundo cambio de época.

Este cambio tiene su raíz en la cultura, entendida como «la totalidad de la vida de un pueblo» (EG, 115), el modo de ser y estar en el mundo. Están cambiando las formas de relacionarse con los demás, con el planeta y con lo Absoluto o Misterio. Están mutando nuestros modos de conocer, sentir y actuar. ¿Cómo afecta esto a la evangelización, a la

Iglesia que por naturaleza es misionera y está llamada a salir al encuentro de lo que acontece en el mundo?

El cambio de época viene acompañado por el creciente pluralismo de nuestras sociedades. Cambio y pluralismo son desafíos innegables para la Iglesia y su evangelización. Al mismo tiempo, son una oportunidad histórica. La realidad actual reaviva el llamado al diálogo que es algo intrínseco a la vida cristiana. Estamos llamados a dialogar hasta el fondo con nuestros contextos para actualizar la Buena Noticia del Evangelio. El pluralismo –cultural, confesional, social, etc.– desafía a la Iglesia, a cada comunidad creyente, a un triple movimiento: resituarse, repensarse y reorganizarse.

En la medida que cada comunidad cristiana realiza este movimiento, que es un desplazamiento existencial para reactualizarse, se revitaliza y contribuye a una evangelización a favor de una «cultura del encuentro en una pluriforme armonía» (EG, 220), como pide el Papa Francisco.

Los desafíos del cambio y del pluralismo pueden transformarse en oportunidad: la posibilidad de desarrollar y configurar un cristianismo auténticamente multiforme, de contribuir a una convivencia social justa y digna desde una pluriforme armonía.

## **5. Resituarnos: desplazarnos del centro y el arriba para habitar los “entre”**

Resituarnos, como comunidad creyente, significa aprender y reaprender a ofrecer nuestro tesoro –la vida del Evangelio– a los diversos actores sociales de un modo horizontal y respetuoso, ejercitando la acogida recíproca. Dejar atrás cualquier actitud expansionista que absorbe e integra al otro y su diversidad. Evitar cualquier tendencia al encierro y autodefensa que concibe al diferente como un enemigo y amenaza.

El camino privilegiado para ofrecer la Vida plena del Evangelio es la irradiación que brota del testimonio, redimensionando el valor de la transmisión de contenidos, formulaciones y doctrina, que muchas veces se ha realizado desde un espacio de superioridad o centralidad. ¿Qué testimonio es el que anhela el mundo de hoy? Que es posible promover la diversidad sin por ello naufragar en el relativismo o la fragmentación.

El cristianismo es la religión de la Palabra, no del libro. La Palabra es una persona, el Verbo hecho carne. El cristianismo es la religión del Amor hecho rostro, que restablece el diálogo entre los seres humanos y Dios para invitarnos a participar de Su plena comunión amorosa. Esa es la vida que estamos llamados a irradiar y contagiar. «En esto reconocerán todos que son mis discípulos, en que se amen unos a otros.» (Jn 13,55) Testimoniar que la comunión es posible y potencia las cualidades y dones personales.

La vida en Cristo, la Palabra, implica comunicación y diálogo. El cristianismo es la religión del diálogo en pos de la comunión. Así lo testimonia una de las primeras comunidades cristianas:

Aquí tienen lo que era desde el principio, lo que hemos oído, y lo hemos visto con nuestros ojos, y palpado con nuestras manos, - me refiero a la Palabra que es vida. Porque la vida se dio a conocer, hemos visto la Vida eterna y hablamos de ella, y se la anunciamos, - aquella que estaba con el Padre y que se nos dio a conocer. Lo que hemos visto y oído se lo anunciamos también a ustedes para que estén en comunión con nosotros, pues nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Y les escribimos esto para que sea mayor nuestra alegría. (1Jn 1,1-4)

La comunidad creyente está llamada a asumir, hasta el fondo, que hoy «la evangelización también implica un camino de diálogo (...) para cumplir un servicio a favor del pleno desarrollo del ser humano y procurar el bien común» (EG, 238). Diálogo al cual todos están invitados, sin exclusión. Es más, siguiendo los pasos de Jesús, nos toca ir a buscar a los demás – los otros y su diversidad – en sus ambientes y situaciones existenciales. Este diálogo no es opcional porque, como subraya el Papa Francisco, «cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios» (EG, 272).

El diálogo, con cualquier ser humano – no de manera específica con un cristiano o un creyente –, enriquece nuestra propia vivencia y comprensión de la fe. La comunión de Amor se hizo Rostro, por eso en todo ser humano habita el deseo y la tensión a vivir – participar– de ese amor y en esa comunión de amor. Ese es el lugar común desde el cual brota el encuentro.

Allí donde hay acogida y don desinteresado o pasión por la justicia o gratuidad espontánea, está la acción del amor hecho Rostro. Por eso, no podemos encontrarnos en el amor sin dialogar, sin reciprocarnos nuestros pensamientos y sentimientos. La plenitud del amor es la reciprocidad del «unos a otros» (Jn 13,35; 15,17) y del «tú en mí y yo en ti» (Jn 17,21) que recalca el evangelista Juan. Cada vez que nos encontramos en el Amor, vivimos un diálogo – con o sin palabras – que testimonia la fuerza transformadora de la Palabra hecha amor y anuncia la Buena Nueva: Dios te ama.

Los tiempos actuales impulsan a la comunidad creyente a dejar de ser centro o estar arriba y resituarse en los “entre” para activar y promover encuentros en el amor. Este testimonio de vida se convierte en un anuncio potente del Evangelio. Tenemos que situarnos, habitar, esos lugares de entrecruce, que muchas veces están marcados por el

caos, la tensión y el conflicto, pero al mismo tiempo son espacios desde los cuales se recrea alternativas de vida y esperanza. En estos entrecruces, el cristiano, y la comunidad creyente, es dialógico o no es cristiano, porque no será capaz de encontrarse con los demás seres humanos.

## **6. Repensarnos: dejar formulaciones mudas y mostrar nuevos aspectos de la Revelación**

Que la comunidad creyente se repiense significa que se abra, promueva y acoja nuevas comprensiones de la realidad y del Misterio inefable. Pasar de una tolerancia del pluralismo a dialogar con otros modos de ser, pensar y vivir la vida. Ya lo decía Pablo VI: «La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio». (ES, 34)

Sin este ejercicio de acogida y reciprocidad, el anuncio del Evangelio está destinado a la infecundidad: a ser un «como bronce que resuena o campana que retiñe» (1Co 13,1) o «sal que no sala y no sirva para nada» (cf. Mt 5,13).

El mundo de hoy nos interpela a reformular la propia experiencia de fe, tanto personal como comunitaria, para mostrar «nuevos aspectos de la Revelación» (EG, 116), como dice el Papa Francisco. Reconociendo las propias raíces socioculturales, haciendo memoria de las ricas herencias, dejándose interpelar por las búsquedas vitales de la verdad en la sociedad actual, cada comunidad creyente ha de iniciar un humilde pero decidido proceso de reformular el lenguaje cristiano, desde el fundamento trinitario pasando por la unidad eclesial hasta el modo de desarrollar la actividad misionera. Esto porque

no podemos pretender que los pueblos de todos los continentes, al expresar la fe cristiana, imiten los modos que encontraron los pueblos europeos en un determinado momento de la historia, porque la fe no puede encerrarse dentro de los confines de la comprensión y de la expresión de una cultura (EG, 118).

Repensar nuestra fe es una vía indispensable para que el anuncio y oferta de la vida del Evangelio pueda ser escuchada, acogida y fructifique. Sin un proceso de reformulación de la revelación, la evangelización y misión pierden toda pertinencia y razón de ser. Ya Pablo lo decía: «Me he hecho todo para todos con el fin de salvar, por todos los medios, a algunos.» (1Co 9,22).

Estamos llamados a repensar nuestra experiencia de fe desde un movimiento que nos impulse a ser afro con los afros, indígenas con los indígenas, empresario con los

empresarios, ateos con los ateos, para expresar el Evangelio de modo que ser recibido y acogida. Para esto se hace urgente un sano, necesario y enriquecedor pluralismo teológico para hacer un auténtico servicio a la “unidad en la diferencia”<sup>6</sup>.

## **7. Reorganizarnos: pasar del monocromático a testimoniar la belleza del rostro pluriforme**

La reorganización de la comunidad creyente pasa por configurar un cristianismo que en sí mismo articule su universalidad como unidad plural, bajo la inspiración de la experiencia de Pentecostés. Así es como «la Iglesia expresa su genuina catolicidad y muestra «la belleza de este rostro pluriforme» (EG 116.), nos recuerda el Papa Francisco. La Iglesia está llamada a reorganizarse, no para ser más democrática sino para ser más trinitaria: donde el Espíritu articula y promueve unidad y diversidad al mismo tiempo.

Cada vez que la comunidad creyente – desde la familia hasta la iglesia universal – hace la experiencia de la “unidad en la diferencia”, superando las tentaciones de la “diversidad sin unidad” y de la “unidad sin diversidad”, es luz transformante y plena para el mundo.<sup>7</sup> La comunidad creyente, siguiendo los pasos del Concilio Vaticano II, “desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura (cf. *Mc* 16,15) con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia.» (LG, 1.) De una Iglesia con rostro pluriforme. Sólo así “Cristo es la luz de los pueblos”.

La relevancia cultura del cristianismo en el siglo XXI se juega en revivir y articular esta experiencia comunitaria. De hecho, cada vez que la comunidad cristiana testimonia e irradia la “pluriforme armonía” contribuye, de modo sustancial, a la configuración de un pluralismo que humaniza y promueve justicia en el complejo y desgarrado tejido social.

Una vez más anuncio y diálogo van de la mano del testimonio. Es imposible testimoniar y promover una cultura del encuentro sin desarrollar una actitud dialógica, y cada vez que se genera encuentro se está anunciando que es posible vivir de otro modo en este mundo atravesado por un sistema que uniformiza y fragmenta al mismo tiempo.

El continuo ejercicio dialógico permite que el pluralismo no se transforme en relativismo ni fundamentalismo. El diálogo permite que la constitutiva relacionalidad de

---

<sup>6</sup> Papa Francisco, *Homilía en la solemnidad de Pentecostés*, Ciudad del Vaticano, 4 junio 2017. [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2017/documents/papa-francesco\\_20170604\\_omelia-pentecoste.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2017/documents/papa-francesco_20170604_omelia-pentecoste.html)

<sup>7</sup> *Ibid* 131.

la realidad se manifieste como un entrecruce de relaciones donde la diversidad no es fuente de fragmentación y la unidad no es vivida como uniformidad. Por eso, en este proceso de evangelización a favor de una cultura del encuentro es imprescindible articular y desarrollar un diálogo intercultural, tanto a nivel intra-ecclesial como con la sociedad civil y sus múltiples actores.

En clave cristiana, esto es posible porque el amor se hace diálogo. El mandamiento nuevo del amor recíproco (cf. Jn 15,12), en contexto plurales tiene que vivirse como un intercambio de los propios dones y valores en clave intercultural.

## **8. El diálogo intercultural como intercambio de dones, un camino de evangelización**

El diálogo intercultural se transforma en un modo de evangelización que activa y concretiza ese triple movimiento de resituarnos, repensarnos y reorganizarnos. Este diálogo se puede abordar desde múltiples fuentes y tradiciones.

Esta vez lo podemos hacer desde «el carisma de la unidad – que el Papa Francisco dijo – es un estímulo providencial y una ayuda poderosa para vivir esta mística evangélica del nosotros, es decir, para caminar juntos en la historia de los hombres y mujeres de nuestro tiempo como un solo corazón y un alma sola» (cf. Hc 4,32), descubriéndose y amándose mutuamente de manera concreta como "miembros los unos de los otros» (Rm 12, 5).

Chiara Lubich, depositaria de este carisma que busca la unidad desde el diálogo intracatólico, ecuménico, interreligioso, con personas de convicciones diversas y con las diversas expresiones culturales, en ocasión de su visita a México, estando en la basílica de la Virgen de Guadalupe, afirmó:

La inculturación no es sólo hacerse uno espiritualmente con otro pueblo, descubriendo en él y potenciando las semillas del Verbo, sino asumir también nosotros con humildad y gratitud, cuanto de válido nos ofrece la cultura de nuestros hermanos. La inculturación exige el intercambio de dones. Eso es lo que nos quiere decir la Virgen de Guadalupe. Sólo así el Evangelio puede penetrar hasta el fondo de las almas y desencadenar en ellas su revolución, con todas sus consecuencias.<sup>8</sup>

Esta comprensión de inculturación centra claramente con lo que hoy se comprende como diálogo intercultural: un intercambio de dones, que cuando acontece pone en luz y potencia todos los frutos de humanización que están en la cultura – el modo de

---

<sup>8</sup> Chiara Lubich, *Discurso en el Santuario de la Virgen de Guadalupe*, Ciudad de México, 7 junio 1997. En PDF: <http://centrochiaralubich.org/es/pdf/espanol.html?sort=title&limit=50&limitstart=100>

relacionarse con uno mismo, con los demás, con la creación y con lo Absoluto – del otro y de la propia. Este intercambio de dones es un encuentro caracterizado por la profundidad y la reciprocidad, que focaliza la importancia del diálogo en el proceso de interculturización: el evangelio penetra en el fono de las personas solamente cuando se establece este nivel de diálogo interpersonal y existencial.

El intercambio de dones evidencia que la evangelización no consiste en llevar algo al otro – una visión de Dios, doctrina, ritos, etc.– que no está en su cultura o en los diversos ambientes sociales. Evangelizar es: transmitir una experiencia. Es más, es establecer junto con el otro un diálogo que llegue a un intercambio de las propias riquezas –culturales, religiosas, espirituales, etc.– haciendo del diálogo mismo una experiencia espiritual. Este encuentro activa la revolución del Evangelio en el corazón de cada mujer y varón según sus respectivas condiciones culturales, sociales y espirituales. El intercambio de dones hace surgir el Cristo que vive en cada ser humano porque «el Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre» (GS, 22.), según sus condiciones. La Buena Noticia –Dios te ama inmensamente– o para decirlo con S. Agustín, ama y haz lo que quieras, es algo que surge desde dentro gracias a las condiciones de apertura, vaciamiento, reciprocidad y acogida que activa el diálogo intercultural.

La garantía de este continuo, infinito y plural ejercicio de interculturación está en que las comunidades creyentes se dejan guiar por la presencia viva de Cristo Resucitado – don divino acogido gracias al amor recíproco. Con la presencia eclesial y comunitaria del Resucitado está el Espíritu Santo (cf. Jn 20,21-22), que es quien hace surgir el modo propio y específico de Cristo en cada cultura, en cada cosmovisión, en cada subcultura urbana y en cada época, enriqueciendo el rostro pluriforme de la Iglesia. Sin la presencia de Cristo Resucitado entre los suyos y sin la acción del Espíritu de Dios, es fácil que prime el encierro ante los diversos, el rechazo o en su defecto la sutil imposición y proselitismo.

Este diálogo que promueve el intercambio de dones puede darse no sólo entre católicos y cristianos con sus respectivos sustratos culturales, sino que también ha de acontecer con personas de otras religiones y sin confesionalidad. Aquí, la evangelización como promoción de una cultura del encuentro tiene dos vertientes.

La de promover el bien común y la dignidad humana haciendo propia, en palabras de Papa Francisco, «una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad

justa, memoriosa y sin exclusiones» (EG, 239). El intercambio de dones sirve para alcanzar consensos y acuerdo siempre más amplios gracias a la fusión de horizontes (Gadamer) que genera un diálogo auténtico.

La de incentivar un enriquecimiento entre distintos modos de acercarse a Dios, al Misterio inefable. En el encuentro que produce el diálogo entre interlocutores de distintas culturas, religiones o espiritualidades, se da también un intercambio de dones sagrados, de modos de acceder al Absoluto. Este intercambio es posible porque, si la centralidad del Evangelio es el amor, todos los hombres están abiertos a la plenitud del amor, que para los cristianos se manifiesta en la kenosis pascual. Y, como se afirma en el Concilio Vaticano II, «debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual» (GS, 22).

Este tipo y nivel de diálogo es posible solo se hay un sólido sustrato espiritual en los actores que generan el intercambio de sus propios dones culturales, religiosos o espirituales. El diálogo intercultural tiene que vivirse como experiencia espiritual, como encuentro e intercambio religioso: apertura al Misterio en y desde la apertura intersubjetiva recíproca.

## **9. El intercambio de dones como mística del encuentro**

El estilo de evangelización desde un anuncio dialógico y un diálogo que anuncia exige una conversión espiritual profunda. Es necesario sumergirse en la «mística del nosotros» –para decirlo con palabras de Papa Francisco–, o sea, «la capacidad de sentir, de escucha de las otras personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método»<sup>9</sup>. Estas actitudes para el diálogo se vuelven indispensables cultivarlas como modos de crecimiento espiritual.

El diálogo intercultural puede ser una experiencia espiritual porque en el ejercicio dialógico «vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien» y así «ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor» (EG, 272.). La revolución evangélica reposa *en* nosotros y *entre* nosotros, transformando las relaciones interpersonales y por eso el tejido social se vuelve más fraterno y comunitario. El Cristo Resucitado habita entre nosotros y se lo percibe según las diversas matrices culturales. La casa común, todo el creado, se transforma en nuestra interioridad.

---

<sup>9</sup> Papa Francisco, *Discurso a los rectores y a los alumnos del Pontificio Colegio de Roma*, Ciudad del Vaticano, 12 mayo 2014. <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2019/june.index.html>

El diálogo como experiencia mística del encuentro manifiesta que «la tarea evangelizadora enriquece la mente y el corazón, nos abre horizontes espirituales, nos hace más sensibles para reconocer la acción del Espíritu, nos saca de nuestros esquemas espirituales limitados» (EG, 272). El discipulado misioneros renueva nuestra vida espiritual que se alimenta de cada relación, diálogo y encuentro con el prójimo tal cual se nos presenta.

El diálogo, en vez de un sutil instrumento para asimilar y convertir al otro, se presenta como un camino espiritual que nos transforma desde dentro y acerca a Dios. Es más, nos hace penetrar en la dinámica misma de Dios que es relación, diálogo y comunión de personas. El diálogo es una experiencia de transfiguración: cambia nuestra mirada hacia el mundo, hacia los demás – por diferentes que sean a nosotros – hacia el misterio de Dios. Aprendemos, junto con otros y otras, a vislumbrar la amorosa acción del Espíritu en la historia, pero también en esa gestación y sostén para que cada criatura siga viviendo en el cosmos. Nos sentimos partícipes de la interrelación de todo con todo, crecemos en una espiritualidad de la «solidaridad global» (LS, 240) como anhela el Papa Francisco.

El manantial espiritual del siglo XXI está en el encuentro con el otro y la otra reconcomiendo su diversidad y juntos, abriéndonos al Misterio inefable para encontrarnos en su sima de amor infinito. El cristiano hoy en día, si quiere evangelizar, tiene que «descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación» (EG, 87). Para esto, el diálogo intercultural, desde el vaciamiento personal para escuchar con totalidad al otro, para acogerlo y hacer don de lo propio y así enriquecernos, es un ejercicio indispensable. De este modo, el caótico pluralismo, puede transformarse en unidad en la diferencia, abriéndose a la presencia del divino según la diversidad de cada uno: para algunos caravana solidaria y justa para transformar el mundo, para otros, santa peregrinación para agradecer a Dios, para otros, experiencias de fraternidad intercultural.